

ORACIÓN CON NIÑOS. CUARESMA 2006.

MATERIALES: Copias del relato de Las Tres Piedras para cada niño y una cesta con piedras de cada color (amarillo, verde y rojo) que recogerán al final, en el momento de los testimonios de cada uno.

INTRODUCCIÓN: La Cuaresma es tiempo de reflexión y conversión para los amigos de Jesús. Jesús escuchó la voz de DIOS y se “perdió en el desierto para encontrarse consigo mismo”, para que nada ni nadie le molestara. Jesús estuvo días y días sin comer, y sin apenas beber. El sufrimiento del desierto le sirvió para algo muy importante: comprender que en el camino de la vida, como en el desierto, atravesamos momentos de dolor, de tentación, de abandono,... pero si mantenemos la Fe, la Esperanza y la Caridad en nuestro corazón, DIOS no nos abandona.

Vamos a leer juntos el Cuento de LAS TRES PIEDRAS. Escucharemos lo que le ocurrió a un joven árabe que quería cruzar el desierto. Estaremos atentos para conocer qué le ocurrió.

Después, nos dividimos en grupos para encontrar en el texto en qué momento el joven árabe dio prueba de su FE, de su ESPERANZA y de su CARIDAD.

Finalmente, nos juntamos todos y un portavoz de cada grupo lee los pasajes en los que el grupo ha encontrado ejemplos de la Fe, la Esperanza y la Caridad del joven

LAS TRES PIEDRAS

Cuentan que el primer árabe que cruzó el desierto se encontró junto a una cueva con un anciano de aspecto venerable que le preguntó:

- Joven, ¿a dónde vas?
- Quiero cruzar el desierto.

El anciano quedó pensativo un momento y añadió:

- Deseas algo difícil. Para cruzar el desierto te hará falta tres cosas. Toma estas tres piedras:
- Este topacio es la FE, amarillo como las arenas del desierto.
- Esta esmeralda es la ESPERANZA, verde como las hojas de las palmeras.
- Y este rubí es la CARIDAD, rojo como el sol de poniente.

Anda siempre hacia el sur y encontrarás el oasis de Násara, donde vivirás feliz. Pero no pierdas ninguna de las piedras, si no, no llegarás a tu destino.

El hombre se puso en camino y recorrió miles y miles de leguas a través de las dunas amarillentas sobre su camello. Un día le asaltó una duda:

- ¿No me habrá engañado el anciano? ¿Y si no existiera el oasis que me prometió y el desierto no tuviera fin?

Ya iba a volverse cuando notó que algo se le había caído sobre la arena. Era el topacio. El joven se bajó para cogerlo y pensó:

- No, no. Tengo que confiar en la promesa del anciano. Seguiré mi camino.

Pasaron muchos días. El sol, el viento, el frío de la noche le iban agotando. Sus fuerzas desfallecían y ni una palmera ni una fuente se veían por el horizonte sin fin.

Ya iba a dejarse caer del camello para aguardar la muerte bajo su sombra, cuando notó que se le caía algo al suelo. Era la esmeralda. El joven se bajó a recogerla y se dijo:

- Tengo que ser fuerte. Tal vez, un poco más allá estará el oasis. Si no sigo, moriré sin remedio.

Mientras tenga un soplo de vida, seguiré. Continuó el joven el camino, cuando encontró un pequeño charco de agua junto a una palmera. Ya iba a lanzarse sobre el charco, cuando vio los ojos de su camello, suplicantes y tiernos como los de un hombre pidiendo, el agua.

Pensó entonces que debería tener piedad del animal desfallecido, pues él, aún podía resistir, y dejó que bebiera aquellos pocos sorbos. Cuál no sería su asombro cuando el camello cayó muerto a sus pies. El agua estaba corrompida.

En el suelo notó el joven que brillaba el rubí y lo recogió, dando gracias al cielo por haber recompensado su generosidad con el camello,

Al levantar la vista, vio a lo lejos unas palmeras. Era el oasis de Náscara. Al llegar, encontró, junto a una limpia fuente, al anciano de la cueva, que le sonrió alegremente:

- Has llegado a tu destino puesto que has conservado las tres piedras preciosas. La fe, la esperanza y la caridad. ¡Ay de ti si hubieras perdido alguna: hubieras perecido sin remedio! El anciano, después de darle agua fresca y dátiles, se despidió del joven diciéndole:

- Guarda siempre durante tu vida, junto a tu corazón, el topacio, la esmeralda y el rubí. Así llegarás hasta el paraíso. Nunca los pierdas.

REFLEXIÓN FINAL:

- ¿En alguna ocasión nos sentimos engañados o abandonados?. ¿Qué pensamos en esos momentos?. ¿Nos acordamos del mensaje de Jesús: Confíad siempre en Dios?

- Cuando nos sentimos cansados, cuando nos equivocamos, ¿Perdemos la esperanza en nosotros mismos o nos proponemos ser fuertes y luchar por mejorar?.

- ¿Nos sale del corazón ser caritativos con los demás?. Cuando somos caritativos ¿Qué experimentamos en nuestro corazón?.

Cada niño recoge una piedra de cada color de la cesta y para terminar se lee el texto de “La Tentación del Desierto”.

LA TENTACIÓN DEL DESIERTO

- Después de vencer una serie de terribles tentaciones en mi cueva del desierto – explicaba el maestro a sus discípulos – extenuado, desfallecido, le pregunté al Señor:

- ¿Dónde estabas, Dios mío, mientras me atacaba la tentación?

- **Estaba en medio de tu corazón, orgulloso, viéndote combatir y vencer** – me respondió el Señor.

CONCLUSIÓN: DIOS es nuestra piedra más preciosa. Nuestro Tesoro. Está con nosotros en los momentos de lucha y de tentación, y se alegra cuando luchamos y vencemos el mal.

LAS TRES PIEDRAS

Cuentan que el primer árabe que cruzó el desierto se encontró junto a una cueva con un anciano de aspecto venerable que le preguntó: Joven, ¿a dónde vas?. Quiero cruzar el desierto, le respondió el joven árabe.

El anciano quedó pensativo un momento y añadió: Deseas algo difícil. Para cruzar el desierto te hará falta tres cosas. Toma estas tres piedras:

- Este topacio es la FE, amarillo como las arenas del desierto.
- Esta esmeralda es la ESPERANZA, verde como las hojas de las palmeras.
- Y este rubí es la CARIDAD, rojo como el sol de poniente.

Anda siempre hacia el sur y encontrarás el oasis de Náscara, donde vivirás feliz. Pero no pierdas ninguna de las piedras, si no, no llegarás a tu destino.

El hombre se puso en camino y recorrió miles y miles de leguas a través de las dunas amarillentas sobre su camello. Un día le asaltó una duda: - ¿No me habrá engañado el anciano? ¿Y si no existiera el oasis que me prometió y el desierto no tuviera fin?.

Ya iba a volverse cuando notó que algo se le había caído sobre la arena. Era el topacio. El joven se bajó para cogerlo y pensó: - No, no. Tengo que confiar en la promesa del anciano. Seguiré mi camino. Pasaron muchos días. El sol, el viento, el frío de la noche le iban agotando. Sus fuerzas desfallecían y ni una palmera ni una fuente se veían por el horizonte sin fin.

Ya iba a dejarse caer del camello para aguardar la muerte bajo su sombra, cuando notó que se le caía algo al suelo. Era la esmeralda. El joven se bajó a recogerla y se dijo: - Tengo que ser fuerte. Tal vez, un poco más allá estará el oasis. Si no sigo, moriré sin remedio. Mientras tenga un soplo de vida, seguiré. Continuó el joven el camino, cuando encontró un pequeño charco de agua junto a una palmera. Ya iba a lanzarse sobre el charco, cuando vio los ojos de su camello, suplicantes y tiernos como los de un hombre pidiendo, el agua.

Pensó entonces que debería tener piedad del animal desfallecido, pues él, aún podía resistir, y dejó que bebiera aquellos pocos sorbos. Cuál no sería su asombro cuando el camello cayó muerto a sus pies. El agua estaba corrompida. En el suelo notó el joven que brillaba el rubí y lo recogió, dando gracias al cielo por haber recompensado su generosidad con el camello.

Al levantar la vista, vio a lo lejos unas palmeras. Era el oasis de Náscara. Al llegar, encontró, junto a una limpia fuente, al anciano de la cueva, que le sonrió alegremente: - Has llegado a tu destino puesto que has conservado las tres piedras preciosas: La fe, la esperanza y la caridad. ¡Ay de ti si hubieras perdido alguna: hubieras perecido sin remedio! El anciano, después de darle agua fresca y dátiles, se despidió del joven diciéndole: Guarda siempre durante tu vida, junto a tu corazón, el topacio, la esmeralda y el rubí. Así llegarás hasta el paraíso. Nunca los pierdas.